

como los de Kafka, Becket, Faulkner, Camus acuden a la memoria. Hasta qué punto estos escritores influyen sobre su obra u Ory asimila lo que hay en el ambiente, es difícil de precisar. Pero sobre lo acaso aprendido, por sobre las influencias, su personalidad está manifiesta de una manera especial en el golpe de sorpresa con que sacude la atención del lector. Relatos como *El predicador*, *El loco absoluto*, *El acto bruto* o la *Parábola del*

necesitado, son textos elocuentes en este sentido.

El mundo de C. E. de O. no hay duda de que es el nuestro. El misterio que siempre está como telón de fondo de sus narraciones se sustenta sobre la realidad más inmediata. En éstas podría no ser nada inventado y son además de una lógica profunda, real. Es la mente de Ory, su sabiduría poética, la que las impregna de una inquietud que está más allá de la inmediata realidad.

A. de V.

«Inventación de la muerte», de Manuel Alvarez Ortega

Palabra férvida, tristeza como de destierro, imagen que se apoya en el superrealismo. Con estos ingredientes, la poesía de Manuel Ál-

varez Ortega crea un clima muy sostenido, en el que nos sentimos envueltos, participando de su densa atmósfera de belleza y desolación.

Este hacer poético queda al margen de las tendencias más frecuentadas hoy entre nosotros. Álvarez Ortega camina, en este sentido, con independencia desde sus comienzos, desde libros como *Clamor de todo espacio* (1950), hasta este reciente.*

La filiación andaluza de Álvarez Ortega aparece bien definida, lo que no impide que la sombra surrealista que proyecta sea universal y vaya de un Aleixandre o un Cernuda (dos maestros andaluces, por cierto) a algunos franceses que él tan bien conoce. Pero el enamoramiento de la palabra y el talante elegíaco se hallan en la mejor genealogía del Sur.

En Álvarez Ortega la poesía es la expresión de un sentimiento de continuo pér-

didia. *Exilio* — nombre que le es caro — es la muerte y también la soledad y el desamor. Y *reino, imperio, territorio, patria* — otras palabras de su predilección — son los lugares en los cuales se cobijó lo recordado o donde hubiera querido cobijarse. La expresión elegíaca — ya sea por el amor, por la juventud, por la geografía o, como en la segunda parte de este libro, por el hermano muerto —, que alcanza momentos de turbadora belleza, va soportada por un vocabulario de pequeñas inmensas catástrofes: *ruina, escombros, polvo, calcinado, ceniza*. Como si un íntimo edificio fuese derruyéndose con dolorosa complacencia.

Son los recuerdos la fuente de este hacer poético que parte de experiencias vividas — su superrealismo no le lleva a delirios oníricos — para llegar a patéticas evocaciones. Y aquí es donde todo

* Colección Adonais, Volumen CCXVI. Ediciones Rialp. Madrid, 1964.

un concepto de la poesía entra en juego: la emoción poética reside más que nada en cómo se dice, y son las palabras: su irisación, su proximidad de arco voltaico, las que dan por sí origen a la chispa poética. Puede añadirse, abundando en lo dicho, que el toque superrealista en la poesía de Álvarez Ortega es verbal, no de actitud. La actitud es más bien romántica, entregada a la soledad y a la tristeza.

Formalmente, se emplea un verso amplio, un casi versículo cuyo ritmo colabora con eficacia al tono del poema. Las metáforas, libres de vinculación a planos reales, crean pequeños mundos de riqueza expresiva, aunque tendiendo, con reiteración casi obsesa, a materiales arruinados o fungibles: «un

paraíso de algas y papeles, de amor y de labios rotos», «la vida volcaba en nuestras manos su calcinada escoria», «segregó el día su vino de limosna por los muros del reino», «despierta la nostalgia su música de escombros y papeles» (dichas queden como piezas al azar de un dilatado muestrario).

En la segunda de las tres partes del libro se adopta un tono más directo, no empleado antes por Álvarez Ortega ni seguido tampoco en el resto del volumen. Entiendo yo que su tono mejor y más personal es el otro, aquel que Álvarez Ortega cultiva con acierto y encanto, en el cual no es lo directamente referido lo que más nos conmueve poéticamente, sino su recreación verbal.